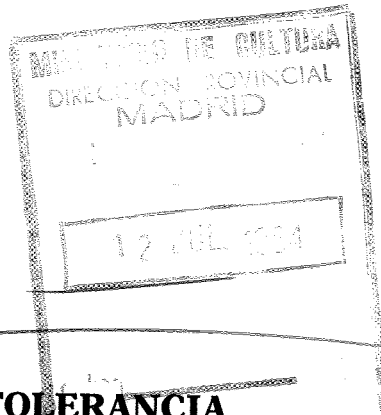


↓ o.

Desho



TOLERANCIA E INTOLERANCIA EN EL NUEVO TESTAMENTO

De dos partes principales consta este trabajo, una dedicada al estudio de la praxis tolerancia-intolerancia en el Nuevo Testamento y, en concreto, en cada uno de los cuatro períodos más importantes en que se puede dividir la época que reflejan estos escritos —Jesús, comunidad cristiana prepaulina, Pablo, segunda generación cristiana— y otra, más breve, en la que se analiza el vocabulario neotestamentario relacionado con el tema.

I. PRAXIS TOLERANCIA-INTOLERANCIA EN EL NT

De los cuatro períodos que se estudian, dos de ellos, Jesús y comunidad cristiana prepaulina, plantean el problema de las fuentes, ya que los documentos que poseemos, Evangelios y Hechos de los Apóstoles, son escritos que transmiten los hechos del pasado desde una relectura de fe destinada a creyentes. Ofrecen el Jesús y la Comunidad primitiva de la fe y, por ello, exigen un trabajo crítico previo que permita llegar al Jesús y a la Comunidad de la historia. Se trata de un problema conocido y estudiado, cuya solución fundamental es posible¹. Para nuestro propósito no es necesario llegar a las *ipsissima verba* o *facta* de Jesús y la Comunidad primitiva, ya que bastan las grandes líneas de

¹ Cf. R. LATOURELLE, *L'Accès à Jésus par les Évangiles. Histoire et Herméneutique*, Paris-Tournai-Montréal 1978; F. LAMBIASI, *L'Autenticità storica dei Vangeli*, Bologna 1978.

su predicación y actuación y éstas se pueden establecer con los grandes criterios que se suelen emplear, especialmente los del testimonio múltiple y el de discontinuidad.

1. PRAXIS DE JESÚS

La actuación de Jesús está determinada por su conciencia de enviado escatológico de Dios, que le envía a proclamar la paternidad divina y el comienzo del Reino prometido. En cuanto que proclama la irrupción del Reino en la historia, Jesús es inflexible e intolerante y en esto coincide con la mayor parte de los movimientos religiosos judíos de su tiempo, como fariseos, esenios, grupos apocalípticos, pero en cuanto que proclama la paternidad de Dios y consecuentemente la irrupción del Reino del modo como conviene a Dios-Padre, introduce un elemento de paciencia, comprensión y tolerancia, que determinará su actuación, le dará el carácter específico de «debilidad» que la diferencia de los otros movimientos religiosos contemporáneos y será causa de incompreensión y rechazo.

a) *Jesús actúa como un convencido inflexible.* Hoy día se reconoce generalmente que Jesús tuvo conciencia de ser el enviado escatológico² y que actuó a modo de profeta, aunque superando el rol del profeta histórico de Israel, de un modo convencido y categórico. Se pueden aportar muchos datos:

— La tradición le presenta como *kēryx*, heraldo y portador de un mensaje definitivo e incondicional, fundado en una decisión divina irrevocable cf. Mc 1,14 par; 1,38; 1,39 par; 1,45; Lc 4,18s.

— Enseña con autoridad (Mc 1,22 par) con enseñanzas imperativas y excluyentes (Mc 8,34-36 par; 9,42-48 par; 11,12-14.25...). Acepta la Ley como expresión de la voluntad de Dios (Mc 7,8-13 par; 12,28-33; Mt 5,17), pero la interpreta en función de su mensaje del Reino de Dios-Padre, hasta el punto de anular leyes mosaicas que no se avienen con su mensaje (Mc 10,1-11 par y Mt 5,31s; Mt 5,33-37; 5,38-48 par), modo de actuar que no se permite en Israel ni a los profetas. Igualmente rechaza la interpretación farisea de la Ley en todo lo que se aparta de su visión propia (Mc 7,8-13; Mt 5,17-48 par cf. actuación en sábado), lo que le llevará a un enfrentamiento con los escribas fariseos. Declara que es fundamental poner por obra su palabra y que la suerte escatológica depende de la acogida prestada a su mensaje (Mc 8,38 par; Mt 7,24-27 par), llegando a llamar bienaventurados o malaventurados

² Cf. J. JEREMIAS, *Teología del Nuevo Testamento*, Salamanca 1974, 97-188.

en función de la acogida que se le dispensa (11,20-24 par; 23,13-16 par; 13,16 par). De forma parecida llama bienaventuradas a algunas situaciones sociales, como pobres, niños y perseguidos, en función de su actividad y mensaje (Mt 5,1-11 par; Mc 10,14 par; Mt 11,5 par; Lc 14,14).

— Llama a su seguimiento con exigencia (Mc 1,17.20; 2,14; 10,21 par; Mt 8,18-22 par; Mc 8,34 par) y en un determinado momento de su ministerio exigió a sus seguidores que se definieran en pro o en contra de su forma de ver el mesianismo, aun a costa de quedarse solo, como atestigua la «sección del pan», único punto de coincidencia entre el relato del ministerio que hace la tradición sinóptica y la joánica y a cuya final aparece en ambas tradiciones la imposición de una opción (Mc 8, 27-30 par y Jn 6,60-66).

— Actúa de forma enérgica en el templo de Jerusalén, declarándolo impuro y anunciando su destrucción (Mc 11,15-19 par y Jn 2,13-21; Mc 13,2 par). Este gesto no es fruto de fuerza física, que no tenía Jesús frente al grupo al que se enfrenta, sino de una fuerza moral, que le reconoce el pueblo y le discuten los dirigentes (Mc 11,27s par).

— Se mantiene en su actitud convencida a pesar de las dificultades y no cede ni ante el peligro de muerte: el testimonio múltiple e independiente de los cinco estratos de la tradición evangélica avala suficientemente esta afirmación: cf. Mc 2,20; 3,6.22; 6,2-4; 9,13; 10,45; 11,27s; 12,12; 14,8; Mt 11,6.19; Lc 13,33; Jn 7,30.44; 8,59; 10,39; 11,47-54...

Se podrían aportar más datos, pero no es necesario. Se puede afirmar que históricamente Jesús actuó como un enviado de Dios y que fue absolutamente fiel a su mensaje. Desde este punto de vista fue un intolerante e intransigente, que no adulteró ni rebajó el mensaje que se le encomendó. Lo proclamó abiertamente en su totalidad y murió por su fidelidad a él.

b) *Principios de tolerancia.* El mismo mensaje característico de Jesús, la proclamación de la paternidad de Dios, contiene unos principios de tolerancia que van a dar el carácter peculiar a la obra y religiosidad de Jesús: obrar en la debilidad, religiosidad como diálogo filial, reconocimiento de la libre actuación salvadora de Dios a través de todos los hombres.

Dios-Padre es el único absoluto en la existencia de Jesús, que no es un incondicional de una doctrina o de un método, sino de Dios-Padre, su Padre, y de su plan salvador (Mc 14,35s par; Mt 11,25s). Como consecuencia realiza la misión en la forma que compete a Dios-Padre y ésta es mansedumbre (Mc 11,1-10 par; Mt 11,29), paciencia (Mc 9,19; Mt 13,24-30) y debilidad (Mc 3,21-23 par; 4,3-9.30-32 par; 6,1-6 par; 9,30-32 par; 14-16 par). Prescindiendo del problema de si Jesús tuvo conciencia

de realizar la misión del Siervo de Yahweh³, está claro que actuó con medios débiles, con palabras convincentes y signos capaces de significar (cf. Mc 6,2), pero que no se imponían necesariamente a sus destinatarios. Esto es una consecuencia del modo como compete reinar a Dios-Padre, no avasallando y creando esclavos salvados, sino respetando totalmente al hombre en su libertad e invitándole a dejarse salvar y a recibir la adopción filial con libertad y amor. Sólo en un contexto de libertad puede el hombre optar por la filiación divina, que implica potenciación de la libertad y amor humanos. Ahora bien, esto sólo es posible con una proclamación firme, pero en la debilidad, que pueda ser libremente aceptada o rechazada sin que suceda nada en el orden físico y jurídico externo. Los únicos medios legítimos para esta proclamación son los que se derivan de la misma fuerza del mensaje y de la convicción personal del mensajero y se sitúan en el ámbito del hombre libre y racional, capaz de valorar, elegir y optar, como la invitación, la reflexión, el diálogo, la proclamación convencida de los bienes que implicar la aceptación y de los males que lleva consigo el rechazo, el testimonio personal de quien vive el mensaje y entrega su vida por él... Este modo de actuación firme en la debilidad caracteriza la obra de Jesús y la distingue de otros grupos religiosos contemporáneos, que concebían la irrupción del Reino de Dios como la llegada irresistible del poder de Dios, destruyendo el mal y los *hombres* que lo realizan y creando un mundo nuevo sobre un mundo de cadáveres. Esto explica por una parte el que los pecadores sean destinatarios privilegiados de la obra de Jesús (Mc 2,17 par; Lc 19,10) y por otra la incompreensión y el rechazo que encontró su obra ante Juan Bautista (Mt 11,2-5; 3,7-9.12 par) y el mundo judío tipificado en Nazaret (Mc 6,1-6 par; Jn 6,52.60). Juan Bautista no comprende este tipo de mesianismo, que parece no compaginarse con el proclamado por él⁴, y el mundo judío no acepta un mesías-carpintero y se escandaliza de Jesús.

En esta línea está la separación entre vida religiosa y contexto racial, político y cultural en que se realiza. No se puede dar creyente que no pertenezca a un pueblo, una raza y una cultura. En el Antiguo Testamento era la raza, cultura y estado judíos, identificándose todos estos factores, de tal forma que ser judío era pertenecer a un estado, una religión y una cultura. Sigue siendo ésta la situación actual de algunas religiones, como el Islam, que identifica religión con estado y relega a ciudadanos de segundo rango a los que no pertenecen a la religión oficial. Jesús rompe esta identificación. Vida religiosa es rela-

³ Cf. ib. 332-346.

⁴ Cf. R. PESCH, *Das Markus-Evangelium*, I. Teil, Freiburg-Basel-Wien 1976, 84-87.

ción filial con el Padre con todo lo que implica. El nuevo culto es existencial y no está ligado a lugares, culturas o estados (Jn 2,19; 4,23; Mc 14,58 par; 15,29 par). Lo importante no es una raza o cultura, sino un corazón que ama y realiza las obras del Reino (Mc 7,14-23 par; Mt 21,24, cf. 3,7-10). Anula así Jesús una identificación que históricamente se ha traducido en intolerancia y marginación de los que no reúnen los requisitos necesarios para formar parte del grupo nacional-religioso.

Igualmente Jesús no pretende tener la exclusiva en el campo religioso. Si por una parte está convencido de ser el heraldo escatológico de Dios, por otra acepta y reconoce que Dios actúa también por medio de otras personas: otros judíos también expulsan demonios (Mt 12,27 par), explican a Moisés y ofrecen enseñanzas que hay que seguir (Mt 23,2s). Por ello cuando los discípulos critican a un judío que, sin pertenecer al grupo de los discípulos, expulsa demonios en el nombre de Jesús, les dice que no tienen que considerarse con la exclusiva en la colaboración con el Reino de los cielos y que otros también lo pueden hacer, aunque no pertenezcan al grupo de los discípulos (Mc 9,38-40 par).

c) *Las relaciones concretas de Jesús con los hombres* están determinadas por estos dos grandes principios, fidelidad al Padre y su Reino, y fidelidad al hombre-libre, destinatario del Reino.

i. *En general* invita a la conversión ante el Reino inminente (Mc 1,14s par; Lc 12,54-56; 13,5.6-9...), proclama las consecuencias escatológicas que tiene la aceptación o el rechazo de su invitación (Mt 11,20-24 par; 23,13-26 par; Lc 10,12 par), dialoga con todos, incluso con los paganos (Mc 7,24-30; cf. Jn 4,46-54), y en los diálogos a veces alaba la respuesta del interlocutor (Mc 10,28-34 par), a veces la exige (Mc 10,17-31 par; Lc 10,25-37), a veces sostiene posturas contrarias a sus interlocutores (Mc 8,11s par; 10,1-12 par; 12,13-17; Lc 10,38-42; 13,1-5), accede o rechaza las peticiones de acuerdo con su mensaje (Mc 10,13-16 par; 10,35-40 par) y con el mismo criterio alaba o regaña a sus interlocutores (Mc 9,19-23 par; 12,34), es decir, Jesús actúa siempre con fidelidad a su mensaje y lo ofrece con plena libertad, interpelando la libertad humana, pero no lo impone al hombre.

ii. En relación con los *discípulos*, les invita al seguimiento con una invitación que puede ser obedecida o rechazada, pero que tiene consecuencias escatológicas (Mc 1,16.20 par; 2,14 par; 8,34 par; 10,21 par; Mt 8,18-22 par); da órdenes sobre la misión y otras colaboraciones que les pide (Mc 6,8.45; 11,1s; 14,12s par); les felicita por su seguimiento (Mc 4,11 par; Mt 13,16 par; Lc 10,20); les enseña, dialogando (Mc 10,23-27 par; 10,35-40.41-45 par); les regaña (Mc 8,30; 14,30 par: Pedro; Mc 10,13-16

par: todos); les exige que opten por su tipo de mesianismo (Mc 8,27-30 par y Jn 6,60-66) y les pone condiciones para continuar en el grupo de discípulos (Mc 8,31-38 par; 10,14s par). Así Jesús respeta la respuesta del hombre a su llamada, aunque está convencido de su necesidad objetiva y su repercusión escatológica, pero una vez que el hombre ha aceptado el seguimiento, es inflexible en lo tocante a la vida dentro del grupo, en el que hay que vivir de acuerdo con sus enseñanzas y condiciones. Sin embargo, enseña a sus discípulos a ser pacientes entre ellos ante la presencia de la cizaña (Mt 13,24-30) y a no condenar al hermano (Mt 7,1-5 par), pues no se conocen suficientemente y este tipo de juicio definitivo y excluyente de la salvación escatológica sólo compete al Hijo del hombre. Igualmente hay que perdonar todo tipo de ofensa (Lc 17,3 par; 11,4 par; Mt 18,23-35) y estar preparado a sufrir con paciencia a causa de Jesús (Mt 5,11 par; 10,25; Lc 22,31s; cf. Mc 8,34; Lc 22,28) la tentación escatológica.

iii. *Jesús y los pecadores.* Se trata de un hecho atestiguado en los cinco estratos de la tradición y que resume Mt 11,19 par: comilón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores, dicho acuñado por sus adversarios y que generaliza y caricaturiza su comportamiento. La relación de Jesús con los pecadores no se inspira simplemente en una actitud de asociabilidad y apertura humana, sino que responde a su conciencia de enviado para salvar al hombre necesitado de perdón y esto implica en primer lugar una relación humana con él⁵ (cf. Mc 2,17 par). En su relación con el pecador ayuda a superar la falta de fe, animando al desconfiado (Mc 9,22-24 par) y ayudando a dar lo mejor que hay dentro de la persona y a integrarlo dentro de la fe que todo lo puede (Mc 5,21-43 par). Jesús reconoce la validez de la ley, mandamiento de Dios (Mc 7,8 s par), en cuanto que es un medio al servicio del hombre, que le ayuda a realizarse en una vida de amor a Dios y al hombre (Mc 12,28-33 par), que es lo fundamental. Por eso por una parte condena el legalismo, que absolutiza la ley y la vuelve contra la vida del hombre (Mc 2,23-28 par; 3,1-5 par; Lc 14,4) y por otra condena el pecado, que es destrucción del hombre, pero no al modo fariseo y de los grupos apocalípcistas, que destruyen pecado y pecador, sino intentando salvar al hombre: «Tus pecados quedan perdonados, vete y no peques más» (Jn 8,11; Lc 7,47-50; 19,9s) resume su postura.

iv. *Los conflictos.* Jesús reconoce y acepta que su persona y mensaje crea conflictos (Mt 10,34-36 par), actuando de acuerdo con sus convicciones a pesar del conflicto cf. curaciones en sábado (Mc 3,1-5 par; Lc 14,1; Jn 5,16-18; 8,22-24; 9,14), acogida de pecadores (Mc 2,17; Lc 7,

⁵ Cf. J. JEREMIAS, o.c. 133-148.182-188.

36-50; 15,1ss; 19,1-10), actuación en el templo (Mc 11,15-19 y Jn 2,13-21). No teme a las amenazas de fariseos y herodianos, molestos con él aunque por motivos diferentes (Lc 13,31s; Mc 3,6; 12,13-17). En estos casos de conflicto Jesús actúa siempre respetando al hombre y sus valores y exponiendo su mensaje con lealtad. Así reconoce los valores de los otros, aunque no coincidan con los suyos (Mt 11,7-13 par); renuncia a la violencia física como medio para resolver el conflicto (Lc 9,55; Mt 26,52-54; Jn 18,11): no quiere imponerse con fuego del cielo, como Elías, ni con espadas. Acepta el diálogo con los adversarios, aceptando incluso el comer en sus casas, pero comportándose con plena libertad (Lc 7,36; 11,37; 14,1), es decir, no excluye de su relación a nadie, ni a fariseos ni a pecadores. En el diálogo a veces justifica su actuación sin condenar la de los otros, como los ayunos de los fariseos y los discípulos de Juan Bautista (Mc 2,18-22 par; Mt 11,7-15 par), a veces justifica su camino y condena el de los otros, como en las disputas sobre las curaciones en sábado y la acogida a los pecadores y otras veces censura y condena el comportamiento de los adversarios, como al fariseo que le invita (Lc 11,37), a los que ponen excusas a su mensaje (Mt 11, 16-19 par), a los hipócritas (Lc 12,1-12) y a los que se ríen en su enseñanza sobre los bienes (Lc 16,14s). Marcos presenta una vez a Jesús indignado (*met'orgês*: 3,5) con los fariseos y el dato, aunque responde a la cristología del autor, debe de ser tradicional, pues es una nota contraria al proceso de exaltación de la figura de Jesús que se opera en la comunidad cristiana primitiva. Responde a los que le acusan y condena su postura (Mc 3,22-30 par; Lc 7,1-23; Jn 18,22s), al Sumo Sacerdote (Mc 14,61s par) y a Pilato (Mc 15,2 par), pero a veces calla (Mc 14,65). Finalmente declara a escribas y fariseos en un estado que excluye de la salvación a causa de su orgullo, incredulidad e hipocresía (Mt 11,20-24 par; 23,13-36 par). Así, pues, en el conflicto Jesús permanece fiel a su misión y fiel al hombre, al que Dios quiere salvar. Por ello renuncia a la violencia y sólo emplea la fuerza de la denuncia profética, lo cual le sitúa en una situación de inferioridad ante los adversarios, que acabarán eliminándolo. La entrada en Jerusalén con un gesto de mansedumbre resume su actitud (Mc 11,1-11 par).

¿Fue Jesús tolerante? Si con ello se entiende, de acuerdo con el Diccionario de la Real Academia Española, «sufrir con paciencia», «permitir algo que no se tiene por lícito sin aprobarlo expresamente», Jesús fue tolerante, ya que aunque convencido de su mensaje y sin renunciar en nada a él, fue paciente en la forma de ofrecerlo a los hombres, sin imponerlo violentamente y esperando la libre respuesta del hombre. Pero Jesús no fue tolerante si entendemos la palabra en

el sentido de «acomodarse por bondad al gusto y voluntad de otro», ya que no rebajó ni puso en discusión ningún punto de su mensaje.

2. PRAXIS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA PREPAULINA

Un estudio crítico del Nuevo Testamento, como fuente de historia, lleva a las siguientes conclusiones en función del tema presente⁶:

a) La comunidad cristiana primitiva está compuesta de personas *convencidas e inflexibles* en su fe, que testimonian entre dificultades y persecuciones, provenientes primero del sanedrín, dominado por los saduceos a los que molesta la predicación de la resurrección precisamente en la persona de Jesús, el ejecutado por ellos; provienen además de los fariseos helenistas, molestos por la relativización de la ley y el templo enseñada por sus homólogos cristianos, los helenistas cristianos.

b) En la comunidad primitiva *hubo conflictos*, que se resolvieron combinando inflexibilidad en lo fundamental y flexibilidad en lo secundario. En la comunidad de Jerusalén surgieron dos grupos cristianos, los hebreos y los helenistas. Ambos tienen en común el judaísmo (un solo Dios, una ley, un pueblo de Dios, un mesías) y la fe en Jesús resucitado, a quien reconocen Mesías, pero entienden ambas cosas de forma diferente. Los hebreos viven el judaísmo, continuando sus prácticas religiosas, como circuncisión, asistencia al templo y a la sinagoga, prácticas de pureza ritual, etc., e integrando en este conjunto la fe en Jesús. No se consideran una nueva religión, sino la verdadera *secta*, con terminología de Flavio Josefo⁷, es decir, un grupo dentro del judaísmo, que sigue la interpretación que hizo Jesús de Nazaret, a quien consideran Mesías y auténtico intérprete de la ley. Ellos son el verdadero Israel, en contraposición a las otras sectas, fariseos, saduceos, esenios... Este modo de proceder es totalmente explicable al comienzo de la comunidad cristiana y fue común a todos al principio, pero al identificar el judaísmo con una forma histórica concreta de vivirlo, sin profundizar en su esencia, corría el peligro de no percibir la novedad radical que implica la obra de Jesús y en concreto la ruptura que establece entre actitud religiosa, por una parte, y raza, cultura y costumbres religiosas judías por otra. Los helenistas son cristianos

⁶ Cf. H. CONZELMANN, *Geschichte des Urchristentum*, Göttingen 1976; L. GOPPELT, *Christentum und Judentum im ersten und zweiten Jahrhundert*, Gütersloh 1954; B. PAPA, *Tensioni e Unità nella Chiesa*, Bari 1976; A. RODRÍGUEZ CARMONA, *La comunidad primitiva de Jerusalén: Cuadernos Bíblicos 7*, Valencia 1981, 17-42.

⁷ Cf. BJ II, 118.119.122.137.162...

procedentes del grupo helenista judío, conjunto de judíos procedentes de la diáspora y residentes en Jerusalén, helenizados⁸, y que se caracterizan por su intransigencia y celo religioso, por una parte, y por su apertura a los auténticos valores que han encontrado en el mundo pagano, en el que han vivido, por otra. Algunos de ellos se hicieron cristianos y actuaron cristianamente de acuerdo con su actitud existencial básica, manifestándose intolerantes en su visión cristiana del judaísmo, al que consideran radicalmente afectado por la muerte y resurrección de Jesús y al que por ello reinterpretan a la luz de la fe cristiana, buscando su esencia profunda y evitando identificarlo con una manifestación histórica concreta y, por otra parte, siendo tolerantes y a veces positivamente abiertos ante los valores del mundo helenista y pagano. Los helenistas judíos han vivido la experiencia de pasar de una actitud religiosa defensiva ante el paganismo a otra proselitista y sus homólogos cristianos actuarán igualmente esta tendencia convirtiéndose en los evangelizadores del mundo pagano. Su actuación le llevó a enfrentamientos con los fariseos helenistas y con el grupo cristiano hebreo. Con aquéllos continuaron el enfrentamiento que tuvo Jesús con ellos y por ello fueron perseguidos y martirizados (Hch 6,8ss; 11,19). Con los hebreos primero tuvieron dificultades con motivo del servicio a las viudas, conflicto que se resolvió con la creación de un servicio propio para atender a sus dificultades (cf. Hch 6,1)⁹. Más tarde, cuando los helenistas expulsados de Jerusalén empiezan a evangelizar a los paganos y surgen las primeras comunidades etnicocristianas, aparece un problema más grave, al querer los hebreos judaizantes imponer a los nuevos discípulos la práctica de la ley mosaica como obligatoria y necesaria para la salvación (Hch 15,1ss; Gal 2,1ss). Hch 15 es un texto redaccional de Lucas, que lo ha compuesto probablemente a base de fuentes orales y escritas¹⁰. Las fuentes orales aparecen en las discusiones y según ellas los apóstoles se pusieron de acuerdo para no exigir la circuncisión a los paganos convertidos; el decreto recoge las fuentes escritas, que afirman la existencia de una costumbre, que se remonta a los tiempos apostólicos y que prescribe que en las comunidades mixtas se observen ciertas leyes de pureza ritual

⁸ Cf. J. A. FITZMYER, *Jewish Christianity in Acts in Light of the Qumran Scrolls*, en E. KECK-J. L. MARTYN (eds.), *Studies in Luke-Acts*, Nashville-New York 1966, 237s; M. PÉREZ FERNÁNDEZ, *La apertura a los gentiles en el judaísmo intertestamentario*: EstBib 41 (1983) 83-106.

⁹ Cf. H. CONZELMANN, o.c., 42-45; E. HAENCHEN, *The Acts of the Apostles*, Oxford 1971, 260-269.

¹⁰ Cf. S. A. PANIMOLLE, *Il discorso di Pietro all'Assemblea Apostolica*, I, Bologna 1976, 267-307.

por respeto a la conciencia de los judeocristianos y para asegurar la unidad de la comunidad. Se discute si ambas decisiones tuvieron lugar en la misma reunión ¹¹, pero no tiene importancia para nuestro objetivo. Lo importante es analizar las actitudes que subyacen: firmeza en los principios fundamentales, discusión abierta del problema, respeto a las conciencias invenciblemente erróneas, salvaguarda de la unidad de la comunidad. La comunidad primitiva, pues, conoció tensiones como resultado de dos actitudes ante el mensaje de Jesús, una conservadora y muy ligada materialmente a las instituciones veterotestamentarias y otra abierta a las implicaciones del mensaje de Jesús y de su aplicación real a la salvación de los hombres. Cuando la tensión se resolvió en la confrontación y el diálogo, supuso un enriquecimiento para ambas partes, ayudándoles a clarificar ideas y a determinar qué es lo fundamental, en lo que no hay que ceder, y qué es lo secundario, en lo que se puede ceder en función de otros principios mayores. Cuando más tarde el grupo hebreo quede solo en Jerusalén, como consecuencia de la persecución de los helenistas, obligados a salir de la ciudad, desaparecerá la tensión, se irá radicalizando y parte de él acabará en grupos heréticos, marginados de la gran Iglesia.

c) Finalmente, es importante señalar la actitud de la comunidad primitiva ante la *custodia y transmisión del mensaje de Jesús*. Desde el primer momento es consciente de ser depositaria de una vida y una doctrina que debe conservar, transmitir y profundizar fielmente. Por ello se preocupa por una parte de acuñar fórmulas de fe y credos, que resumen lo que cree y que ayudan a una transmisión fiel del mensaje. Así, por ejemplo, en 1 Cor 15,1-6 Pablo inculca la fe en la resurrección recordando lo que él «recibió» y que les «transmitió» fielmente y les recuerda un credo, que es posiblemente el documento más antiguo del Nuevo Testamento ¹². Pero por otra parte cuida igualmente la comunidad de que el mensaje se explicita y se acomode a las nuevas circunstancias de cara a la salvación del hombre, que es su fin principal, procurando que esto se haga sin deformar el sentido de la obra de Jesús, como puede verse en el llamado Concilio de Jerusalén, antes citado ¹³.

¹¹ Cf. ib. 306s.

¹² Sobre el credo y la terminología técnica de transmisión *paradidónai-paralambánein* cf. H. ZIMMERMAN, *Los métodos histórico-críticos en el Nuevo Testamento*, Madrid 1969, 170-173.

¹³ Sobre algunas actuaciones rigurosas de los apóstoles, como el castigo de Ananías y Safira y la maldición de Simón Mago, no consta de la historicidad. Posiblemente se trata de relatos con fundamento en la historia, pero transmitidos de forma popular y recogidos por Lucas en función de su teología del «temor de Dios».

3. PRAXIS DE PABLO

Como es sabido, Hechos de los Apóstoles y el Corpus Paulinum son las fuentes básicas para conocer la actuación y doctrina de Pablo. Entre estas dos fuentes el Corpus tiene un valor preferente, ya que son testimonios de primera mano, compuestos la mayor parte de las veces en medio de los trabajos pastorales, y reflejan bien la actitud del autor en las dificultades y contradicciones. En cuanto a Hechos lo consideramos sustancialmente un testimonio válido para las líneas generales de la praxis paulina, pero en las afirmaciones y hechos concretos debe ser confirmado por otras fuentes, especialmente por el Corpus. Con relación al problema de la autenticidad de algunas cartas, consideramos las cartas pastorales como pertenecientes a grupos paulinos y las estudiamos en el apartado siguiente, dedicado a la segunda generación cristiana. Las demás las consideramos paulinas para simplificar el trabajo y especialmente porque los datos que aportan las cartas discutidas no afectan a los resultados de este estudio¹⁴. En estas fuentes aparece Pablo como un hombre convencido de su mensaje y su obra y consciente de la misión de edificar y dar vida y, por ello, inflexible en lo fundamental, pero flexible en lo secundario, empleando para esto una clara categoría de valores. Dividimos las cartas en cuatro grupos¹⁵:

a) *Etapa primitiva* (1 y 2 Tes). Refleja el pensamiento de Pablo hacia los años 50, cuando comenzaba la evangelización de Europa, época en que las dificultades provienen especialmente de fuera de la comunidad, que es perseguida. Ante esta situación Pablo hace ver que la dificultad y persecución es una necesidad moral (1 Tes 3,4) y que hay que afrontarla con mansedumbre y sin venganza (5,15), continuando haciendo el bien (5,15) con paciencia y sin desfallecer (1 Tes 1,3; 2,1-2; 2 Tes 1,4), dejando la venganza en manos de Dios juez (1 Tes 2,16; 4,6; 2 Tes 1,6-10) y ayudando a los perseguidos con la oración y con exhortaciones para que no desfallezcan (2 Tes 3,2; 1 Tes 3,1-5). Con relación a la vida interna de la comunidad, Pablo aparece ejerciendo una dirección en actitud de amor y servicio (1 Tes 2,7s). Afirma que es apóstol y como tal podría ejercer una autoridad impositiva, pero que renuncia a ello (aunque de hecho ordena cf. 1 Tes 4,1-3; 2 Tes 3,4.6.10.12) y prefiere emplear la exhortación y el ruego (1 Tes 2,1; 3,12; 4,1-3; 5,14) con el fin de sostener y animar a la comunidad (1 Tes 5,14). 2 Tes re-

¹⁴ Podrían afectar los datos de 2 Tes y Col sobre la transmisión fiel, pero esta idea también está atestiguada en las cartas auténticas, cf. 1 Cor 15,3.

¹⁵ Sobre esta división cf. L. CERFAUX, *El cristiano en San Pablo*, Bilbao 1965.

fleja un conflicto particular a propósito de un grupo que afirma la inminencia de la parusía. En este contexto Pablo manda mantenerse firmes en la tradición enseñada por él (2,15; 3,6) y apartarse de los que no obedecen su carta (3,14s) y viven desconcertados (3,6) para que se avergüencen (3,14s), pero en este castigo no mirarlos como enemigos sino como hermanos cuyo bien se busca (3,14s). Así, pues, en este primer período Pablo enseña lo que vivió y refleja el libro de Hechos: firmeza en sus convicciones a pesar de las persecuciones, que hay que afrontar con mansedumbre, renunciando a la venganza, aunque no a los derechos civiles (cf. Hch 16,35-39, dato que es totalmente verosímil a la luz de las cartas) y, en el caso de conflicto interno, combina fidelidad a su enseñanza tradicional con fidelidad a la comunidad, cuya vida hay que asegurar, apartando de ella a los hermanos desconcertados y con fidelidad a estos últimos, a los que hay que mirar como hermanos y cuyo bien hay que buscar.

b) *La etapa helenista* (1 y 2 Cor) está dominada por los conflictos internos y en ellos Pablo se manifiesta como un convencido de su verdad, y como el que quiere ser fiel a Dios, a la comunidad y al hombre y que para ello establece una categoría de valores.

i. Pablo está *convencido* de su verdad. Este convencimiento domina el tono general de las dos cartas. Posee y sirve la verdad (2 Cor 13,8), que es la verdad de Dios (1 Cor 2,10-3,16). Las raíces de su convencimiento son su conciencia de apóstol (1 Cor 1,1; 9,1; 2 Cor 1,1; 10,7-9.13-16; 11,12s); su pertenencia a Cristo, por lo que debe ser reconocido por los que son de Cristo (2 Cor 10,7; 13-5-6); la acción que ejerce en él el Espíritu Santo, por lo que debe ser aprobado por los que realmente viven bajo la influencia del Espíritu (1 Cor 2,10-3-16; 7,40; 14,37s) y finalmente el hecho de «transmitir» en comunión con los apóstoles la misma tradición que a su vez «recibió» (1 Cor 15,3.11). Por todo esto afirma que el que se mantiene fiel a su doctrina se salva (1 Cor 15,1s) y que su actuación será causa de vida o de muerte, según sea aceptada o rechazada (2 Cor 2,15s).

ii. De este convencimiento se deriva una *fidelidad a Dios, a la comunidad y al hombre*. Por una parte, es fiel a Dios, que le envía y al que tiene que dar cuenta, sin importarle en este contexto el juicio humano (1 Cor 4,3s; 2 Cor 5,11). Lo suyo es servir la verdad (2 Cor 13,8). Pero por otra parte es fiel a la comunidad y al hombre, pues la verdad y misión recibida es para edificar la comunidad de Jesús, que es su único Señor (2 Cor 10,8; 13,10; 1 Cor 12,1s). Por ello no pretende ser el dueño de la comunidad, como señor caprichoso de su fe (2 Cor 1,24) sino que la sirve, ayudándole a presentarse convenientemente ante

el Esposo (2 Cor 11,2s), buscando con celo su bien y su gozo (2 Cor 11,2; 1,24; 2,1) y para ello se hace esclavo y servidor de todos (1 Cor 9,12.19), buscando sus intereses y renunciando incluso a los propios derechos (1 Cor 9,1ss; 2 Cor 11,11) y actuando con mucha paciencia, lo que le lleva a preferir el amor y la mansedumbre a la vara (1 Cor 4,19-21; 9,19; 13,4.7).

iii. La *praxis concreta* que manifiesta 1 Cor no es la misma de 2 Cor, ya que los conflictos internos a los que responde no son iguales. En 1 Cor se trata de conflictos internos de la comunidad de carácter dogmático y moral, pero sin discutir la autoridad fundamental de Pablo, como prueba el mismo hecho de que la comunidad denuncie ante él abusos y le consulte problemas, en 2 Cor en cambio subyace un conflicto en el que se discute su autoridad y que ha dado lugar a las llamadas «visita intermedia» y «carta de las lágrimas».

En el primer caso Pablo se cree competente en lo tocante a la vida interna de la comunidad, aunque no en el mundo pagano (1 Cor 5,12s) y por ello en contexto dialogal y exhortativo (1,10) denuncia las situaciones negativas y da órdenes firmes y soluciones concretas en lo tocante a la unidad (conjura: 1,10; amenaza: 4,18-21), al caso de incesto, en el que manda a la comunidad que expulse al culpable y lo entregue a Satanás para que se salve en el Día del Señor (5,2-5); a las inmoralidades, sobre las que ha sentenciado que no se unan con los que viven así (5,9-12) y que huyan de la fornicación (6,18). A propósito de matrimonio y virginidad distingue entre órdenes del Señor, órdenes suyas y consejos suyos (7,10.12.17.25.40), pues opina que puede aconsejar con fundamento, ya que tiene el Espíritu del Señor (7,40). Con relación a los idolotitos ordena respetar la conciencia de los débiles, no escandalizar, hacerlo todo buscando la gloria de Dios y evitar la idolatría (8-9; 10,14.31.32). Regaña («no alaba»: 11,12) por las divisiones en la celebración de la Eucaristía (11,17-34) y por las dudas acerca de la resurrección (15). Hay otros casos en que da normas con menor convicción, como él mismo reconoce, a propósito del velo de las mujeres (11,16). Se trata de la prohibición de pleitos ante paganos (6,1-11) y de que las mujeres asistan a las asambleas sin velo (11,2-11) y de las normas prácticas que da para la actuación de los diversos carismas (14,26-40). En los casos de conflicto son importantes los criterios que ofrece, especialmente cuando algunos valores entran en conflicto, pues manifiestan de forma práctica su convicción de que lo importante es servir a Dios, salvador del hombre, y que en definitiva lo importante es el amor. Por ello, el criterio decisivo es actuar con amor (13), que es el que da valor a los demás carismas. A propósito de los idolotitos afirma

que la caridad está por encima de ciencia (8,1s), es decir, es necesario tener una conciencia bien formada a la luz del Evangelio y obrar con la libertad de Cristo, pero esta ciencia y esta libertad no son el primer valor y si entran en colisión con el amor debido al hermano débil, que no comprende y puede pecar, hay que saber renunciar a un ejercicio que escandaliza. Naturalmente, esto implica renunciar a derechos, pero para Pablo lo primero no son los derechos, sino el Evangelio, y sabe renunciar a derechos cuando es necesario para no poner obstáculos al Evangelio (9,12). Este mismo primado del amor inspira las normas que da para las reuniones comunitarias (12,12.26.40: todo debe estar ordenado a la edificación de la comunidad) y para elegir: de entre lo lícito elegir lo más conveniente, de entre lo más conveniente elegir lo más edificante, de entre lo más edificante elegir lo que sea de más interés para el prójimo, lo que más respete su conciencia, lo que sea de mayor gloria de Dios (6,12; 10,23-33).

Con relación al conflicto que revela 2 Cor, Pablo renuncia a emplear armas «carnales», como pueden ser mentiras y sofismas, posturas violentas y altaneras (10,4s). Sus armas son la verdad y el amor (2,4). Así por una parte no tolera los falsos apóstoles que actúan en Corinto, condena su acción y amenaza con una intervención más severa que le gustaría evitar (10,2-6.11; 11,20; 13,2.10), pero por otra lo hace rogando, abriendo su corazón, hablando con franqueza y suplicando por la mansedumbre de Cristo (6,11; 10,1s). Pide ser soportado (11,1), intenta convencer (5,11), anima a la acción (13,11) y evita enfrentamientos inútiles que sólo sirven para empeorar la situación (1,23). El criterio decisivo es aquí también el amor, el edificar la comunidad (10,8), el contribuir a su gozo y a mantenerla firme en la fe (1,24; 2,1.4), el servir la verdad (13,8) y salvar la persona, animándola a cambiar, ofreciéndole el perdón, evitando un tipo de corrección que cause una tristeza excesiva que hunda y mate (2,7).

c) *El conflicto con los judaizantes* (Gal, Rom, Hch) refleja la misma praxis paulina:

i. Pablo es *un convencido* de su mensaje. No admite otro, ni aun que lo anuncie un ángel de Dios (Gal 1,6-9). Es consciente de su valor salvífico y no se avergüenza del Evangelio, que no defrauda (Rom 1,16). La raíz de este convencimiento es su vocación que proviene directamente de Jesús resucitado, no de hombres (Gal 1,11-2,14; Rom 1,1-7), a pesar de lo cual busca una confirmación objetiva para evitar una falsa ilusión y el correr en vano, por lo que va a Jerusalén y expone su mensaje a los responsables, que lo confirman (Gal 2,2-9).

ii. Dos tipos de conflictos ocupan a Pablo, uno doctrinal, relacio-

nado con el valor soteriológico de la ley mosaica, y otro moral, motivado por la convivencia en la comunidad.

En el conflicto doctrinal sobre fe en Jesús y ley mosaica, Pablo es inflexible en su mensaje básico: el hombre sólo se salva por la fe en Cristo Jesús (Gal 3,2-3; Rom 1,17). Es un mensaje vital que hay que escuchar y poner en práctica sin «aprisionar la verdad» (cf. Rom 1,18), sometiéndose al plan salvador de Dios, sin discutirlo, y reconociendo su sabiduría sin alardear de sabios (Rom 9,20; 11,25.33-35). Esta postura inflexible le lleva a enfrentarse con falsos hermanos judaizantes, que le espían y acusan, a los que «ni por un instante cedió» (Gal 2,4s); a mandar a la comunidad que se guarde y aparte de ellos (Rom 16,17s) y a recriminar a Pedro por su actitud ambigua a este respecto, pues no procedía con rectitud y según la verdad (Gal 2,11-14). Como vimos anteriormente, Pablo afronta el conflicto con los judaizantes en el diálogo franco y libre con la Iglesia Madre de Jerusalén y se llega a la conclusión de que no hay que imponer la circuncisión a los étnico-cristianos (Gal 2,3; Hch 15,11s.19). Con relación a la prohibición que se impone a estos cristianos de evitar ciertas prácticas repugnantes para los judeocristianos en las comunidades mixtas, con el fin de asegurar la unidad y convivencia, se trata de una limitación fundada en el amor y no en razones soteriológicas, como sería la necesidad de estas praxis para la salvación. Se duda si Pablo estuvo presente en la redacción de este decreto de origen apostólico y si se decretó en la misma reunión de Jerusalén, pues no alude a él en Gálatas y por otra parte según Hch 21,21 parece que Pablo no lo conoce¹⁶. Sea lo que fuere, lo cierto es que responde al espíritu práctico de Pablo, que mantiene el primado del amor y de la unidad sobre la ciencia (Rom 14; 1 Cor 8-9). En este contexto es verosímil el dato atestiguado por Hch 18,18 y 21,23-27, que pertenece a esta época atestiguada por Gal y Rom y que presenta a Pablo haciendo un voto de nazireato y, más adelante, yendo al templo de Jerusalén para purificarse en él: una vez afirmado el principio de que el único medio obligatorio de salvación es la fe en Cristo Jesús, no tiene inconveniente en expresar su piedad libremente por medios tomados de la tradición religiosa judía, en la que se ha educado. Así la flexibilidad lleva a Pablo a aceptar un pluralismo en los comportamientos comunitarios, a pesar de su tendencia a imponer una praxis unitaria, al menos entre las comunidades helenistas (1 Cor 4,7; 11,16).

Con relación a los conflictos de convivencia, originados por diferentes modos de vivir los principios evangélicos, Pablo procede de la

¹⁶ Cf. S. A. PANIMOLLE, o.c., 297.

misma manera que en 1-2 Cor: aplicar los principios en función del amor y la edificación de la comunidad. Por una parte urge formarse y obrar según la conciencia, obrar de cara a Dios, al que hay que dar cuenta (Rom 14,3.10.12) y por otra declara que hay que actuar las convicciones en contexto de amor: «La fe que tú tienes guárdala para ti delante de Dios» (Rom 14,22), es decir, las convicciones de fe son un valor positivo y hay que mantenerlas en conciencia ante Dios sin renunciar a ellas (faceta inflexible), pero la fe auténtica siempre tiene que traducirse en una praxis de amor (Gal 5,6) y por ello a veces habrá que adoptar una postura flexible y tolerante para asegurar esta praxis. No se trata de renunciar a los principios que se creen verdaderos, sino de intentar su aplicación con un método paciente, progresivo, adaptado a la capacidad de asimilación del hermano débil, para asegurar el amor y la unidad en todo el proceso, ya que en definitiva el Reino de Dios no es comer ni beber, sino vivir la salvación, la vida filial y fraternal con el gozo que crea el Espíritu Santo (Rom 14,17). De aquí las normas concretas: buscar agradar y edificar al hermano, no buscando el propio agrado, especialmente el agrado fariseo de creerse poseedor, defensor y héroe de la verdad (Rom 15,1-2); soportar con paciencia las debilidades de los hermanos (Rom 15,1); corregir con mansedumbre (Gal 6,1); acoger bien al que es débil en la fe sin discutir opiniones (Rom 14,1) ni despreciarlo (Rom 14,10.31); no poner tropiezos ni entristecer ni escandalizar ni destruir al hermano débil (Rom 14,13.15; 15,21) y a su vez que el débil no condene la conducta del hermano (Rom 14,3.10.13). Lo importante es el amor y el que cada uno se atenga a su conciencia (Rom 14,5), haciendo lo que fomenta la paz y la mutua edificación (Rom 15,19), de lo que se derivará un pluralismo que Pablo respeta.

d) *Las cartas de la cautividad* polemizan contra los que presentan otros mediadores salvíficos junto a Cristo. Como en las cartas anteriores, el autor es un convencido de su doctrina y desde esta convicción defiende inflexiblemente su mensaje fundamental, aunque sin perder nunca de vista el bien del hombre destinatario.

i. Pablo es un *convencido* de la mediación única de Jesucristo, que afirma tajantemente (Col 1,12-23). Alaba a los que viven firmes en la fe que han recibido (Col 2,5), pide a todos que vivan así (Col 2,7) y que afronten las dificultades, sin dejarse intimidar por los adversarios (Flp 1,27s). Pone en guardia contra los que engañan con vanos razonamientos y discursos capciosos (Ef 5,6; Col 2,4), contra los que quieren esclavizar mediante la vana falacia de una filosofía fundada en tradiciones humanas (Col 2,8) y también contra los judaizantes

(Flp 3,2). Les manda separarse de ellos (Ef 5,7) y no aceptar condenaciones por cuestiones de comida o bebida (Col 2,16). Pero junto con esta firmeza en la fe fundamental, en la que hay que vivir, invita a integrar en ella todos los valores humanos que aporta la filosofía en un texto, muy propio de un helenista, conocido como Carta Magna del Humanismo Cristiano: «Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta. Todo cuanto habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí, ponedlo por obra» (Flp 4,8s).

ii. Con relación a la construcción de la comunidad y a la superación de conflictos comunitarios ofrece los siguientes criterios: por encima de todo ha de estar lo que agrada a Dios y responda a los intereses de Cristo (Ef 5,6; Flp 1,18); mantener la unidad en la comunidad, reconociendo el pluralismo de funciones (Flp 1,27; 2,1-11; 3,15; 4,2; Ef 4,1-16); buscar siempre edificar la comunidad y el bien del hermano (Ef 4,7-16.29; Flp 2,3), evitando obrar por rivalidad, envidia u orgullo (Flp 2,3); hablar la verdad como conviene a miembros del mismo Cuerpo (Ef 4,25), evitando las palabras que dañan al prójimo (Ef 4,29.31); amar, ser amables y entrañables (Ef 4,32; 6,9), evitando la acritud y el actuar bajo el influjo de la ira y la cólera (Ef 4,26.31), el exasperar o el amenazar (Ef 6,4.9). Y siempre una actitud de perdón ante el que ofende (Ef 4,36).

A través de todos estos datos aparecen unas constantes en Pablo: fidelidad a Cristo Jesús que le envía, a la misión que está sirviendo, a las comunidades que crea y al hombre que debe ser salvado por Cristo. Perteneciendo espiritualmente al grupo helenista cristiano, tiene ideas claras sobre el judaísmo y la obra salvadora de Jesús. Es un misionero convencido y tiene sentido de la organización eficaz de la misión, por lo que sabe la fuerza que tiene el testimonio de las comunidades (1 Tes 1,7-9) y el que vivan unidas, incluso en la praxis externa, buscando por ello cierto uniformismo, especialmente entre las comunidades helenistas (cf. 1 Cor 11,16 en que reconoce la poca fuerza de las razones que aporta para imponer un uso). Pero por otra parte sabe que lo importante es la vida comunitaria, concreción de su mensaje, y que cuando surgen las dificultades hay que tener una clara categoría de valores, aplicándola con flexibilidad a la edificación concreta de la comunidad.

4. SEGUNDA GENERACIÓN CRISTIANA es el período que sigue a la muerte de los Doce y Pablo y que se sitúa en el tercer tercio del siglo I.

Muchos de los escritos del NT pertenecen a este período y reflejan una preocupación común por afrontar los problemas derivados de la aparición de herejías, del pluralismo y de la baja de fervor de la comunidad, por lo que subrayan la necesidad de la fidelidad al depósito de Jesús, transmitido por los apóstoles, por una parte, y por otra fidelidad al hombre. Presentamos los escritos más representativos.

a) Las *cartas pastorales* manifiestan una marcada preocupación por la doctrina sana, en un contexto en que aparecen desviaciones doctrinales de diverso tipo¹⁷.

i. En ellas aparece el autor *convencido* de la verdad de su mensaje, que considera idéntico al de Jesús (1 Tm 2,6; Tit 1,2s) y al confiado a la Iglesia, por la que ésta es columna y fundamento de la verdad (1 Tm 3,16). La raíz de su convencimiento es su conciencia de haber sido constituido apóstol y heraldo de los gentiles en la fe y en la verdad (1 Tm 2,6s; Tit 1,1-3). Por ello está firme en su fe y afirma la necesidad de que los responsables de la comunidad se mantengan firmes en la misma (1 Tm 3,9) en un contexto en que abunda la palabrería y la falsa doctrina (1 Tm 1,6). Han de conservar el depósito de la fe que les ha enseñado ante testigos y confiarlo a hombres que sean fieles y capaces de instruir a otros (2 Tm 1,13s; 2,2). Así el criterio del origen apostólico es fundamental para discernir la sana doctrina que han de enseñar: todos han de enseñar lo mismo que Pablo recibió (1 Tm 2,14s; 3,10s.14; 4,6; 6,2-4; Tit 1,9).

ii. Ante el peligro de falsas doctrinas el responsable debe *vigilar* por la doctrina sana, lo cual a su vez es la forma concreta que tiene de velar por sí mismo (1 Tm 4,16), realizando una praxis positiva y negativa, enseñar y corregir. La faceta positiva consiste en hablar lo que es conforme con la sana doctrina (Tit 2,1.15), evangelizar (2 Tm 4,5), proclamar la Palabra, insistiendo a tiempo y a destiempo (2 Tm 4,1), enseñar (1 Tm 1,7; 5,17; 2 Tm 2,14.16), actividad a la que se debe dedicar el presbítero junto con el proclamar (1 Tm 5,17), inculcar (1 Tm 5,7) y exhortar con toda paciencia y doctrina (2 Tm 4,1s; Tit 1,9). Desde un punto de vista negativo manda que no se enseñen doctrinas extrañas (1 Tm 1,3), a las que llama palabrería vana, fábulas, cuentos de vieja, falsa ciencia y doctrinas diabólicas (1 Tm 1,6; 4,1.7; 6,20; 2 Tm 4,4; Tit 1,10.14; 3,9), denominando de esta forma asuntos de diverso valor, como genealogías, afirmar que ya ha tenido lugar la resurrección de los muertos, prohibir el matrimonio y el uso de los alimentos que Dios

¹⁷ Sobre estas desviaciones doctrinales cf. P. C. SPICO, *Les Epîtres Pastorales*, Paris 1947, LII-LXXII.

ha creado. Ordena que se amenace al que no obedezca, que se le corrija, que se le refute severamente y con toda autoridad y se le tape la boca (2 Tm 4,1s; Tit 1,9.11; 2,15). Conjura que se eviten las discusiones necias y estúpidas porque, además de hacer perder el tiempo, engendran altercados (1 Tm 6,5; 2 Tm 2,14.23; Tit 3,9). Finalmente manda huir del sectario (Tit 3,10). La finalidad de esta actitud negativa es la conversión, el conservar la fe y vivir la caridad, que procede de un corazón limpio, de una conciencia recta y de una fe sincera (1 Tm 1,5; 2 Tm 2,25; Tit 1,13). Ello implica evitar lo que aparta de la fe y lleva a la perdición, situación en la que ya han caído algunos (1 Tm 6,21; 2 Tm 2,14.16s) y cortar las relaciones con esas personas que ni viven ni transmiten la verdad salvadora, a las que llama maestros que no saben lo que dicen, embaucadores hipócritas, apóstatas entregados a la mentira, orgullosos que sufren la enfermedad de discutir y pelear, vanos habladores, inteligencias corrompidas que no pueden soportar la doctrina, rebeldes, avaros que buscan torpes ganancias, gente que arrastrada por sus pasiones se buscan falsos maestros (1 Tm 1,7; 4,2; 6,5; 2 Tm 3,8; 4,3; Tit 1,10s). No está claro qué tipo de doctrinas se condenan, pero lo importante en este estudio es destacar la actitud de firmeza que mantiene el autor, mandando incluso evitar a las personas que enseñan ese tipo de doctrina.

iii. *El modo de realizar* este vigilar es importante, pues da el tono cristiano a esta actividad. Se resume en 2 Tm 2,23-26: «Y a un siervo de Dios no le conviene altercar sino ser amable con todos, pronto a enseñar, sufrido, y que corrija con mansedumbre a los adversarios, por si Dios le otorga la conversión que le haga conocer plenamente la verdad y volver al buen sentido.» Se trata, pues, de una actividad que hay que realizar de forma que sirva a la vida de los hombres destinatarios de la revelación, lo que implica una actitud de apertura a todos, pues Dios quiere la salvación de todos los hombres y que vengan al conocimiento de la verdad, por lo que hay que orar por todos (1 Tm 2,1-4). Implica en segundo lugar una actitud de amabilidad, aguante, paciencia para soportar las reacciones de los hombres y saber esperar el momento adecuado, aprovechando las ocasiones propicias para enseñar y evitando los medios inadecuados, como las discusiones airadas e inútiles (2 Tm 3,10s; 4,5). Implica finalmente vivir lo que se enseña, mostrándose dechado de buenas obras, pureza de doctrina, dignidad, palabra sana, intachable, para que el adversario se avergüence, no teniendo nada malo que decir del responsable de la comunidad (Tit 2,7s).

Así, pues, en un momento de confusión doctrinal, se urge la fidelidad al mensaje y a la comunidad concreta creada por los apóstoles,

pero sin olvidar la fidelidad a la salvación de todo hombre, incluso del desviado.

b) *Mateo*¹⁸ escribe en contexto polémico antifariseo-rabínico, afirmando que Jesús es el único maestro, que ha dado la auténtica interpretación de la Torá y que ha enviado a los apóstoles a todo el mundo con el fin de invitar a todos los hombres a hacerse discípulos (23,8-10; 28,18-20), siguiendo su interpretación. Hay que aceptar, profundizar en esta interpretación como diligente escriba y vivirla como forma de realización existencial (7,21-27; 13,52), acogiendo para ello a los apóstoles enviados por Jesús, cuya acogida o rechazo tiene consecuencias escatológicas (10,14s.40-42). Se mantiene, pues, una fidelidad inflexible ante la doctrina de Jesús vivida por la comunidad. Pero en ésta no todos son igualmente fieles en la praxis concreta: hay malos cristianos. En esta situación hay que tener paciencia. Es cierto que hay cizaña (13,24-30.36-46.47-50), pero no hay que precipitarse en el juicio ni declarar a nadie excluido de la salvación (7,1-5), ya que esto es tarea exclusiva del Hijo del hombre, el único que tiene un conocimiento real del corazón del hombre. En las situaciones de pecado hay que conjugar la fidelidad al hombre con la debida a la comunidad y por ello, por una parte, hay que buscar la oveja perdida, dejando las 99 (18,12-14), corrigiendo fraternalmente (18,15-17) y perdonando (18,21-35), pero por otra hay que excluir de la comunidad si el pecador no se corrige (18,17s) y existe peligro de destrucción de la comunidad, que también tiene que velar por sí misma. Este doble mandato obligará a la comunidad a vivir la fidelidad en tensión y la llevará a veces a situaciones confusas, pero no debe temer, pues a pesar de ello el Señor estará con ella (18,19s; cf. 8,23-27).

c) *Lucas*¹⁹ en su doble obra escribe para dar seguridad (1,4) a una comunidad que es consciente de la evolución que se ha dado en la doctrina y en la praxis cristiana desde los primeros días de la aparición de la Iglesia hasta sus días y que, por otra parte, sufre la irrupción de grupos heréticos, por lo que vive una crisis de identidad. En este contexto Lucas presenta a Jesús como el Señor y Maestro, Profeta y Salvador, que ha hecho realidad con su ministerio-muerte-resurrección-

¹⁸ Cf. W. TRILLING, *El verdadero Israel*, Madrid 1974, 305-325.

¹⁹ Sobre las herejías incipientes cf. S. G. WILSON, *The Gentiles and the Gentile Mission in Luke-Acts*, Cambridge 1973; G. KLEIN, *Die Zwölf Apostel. Ursprung und Gehalt einer Idee*, Göttingen 1961; C. H. TALBERT, *Luke and the Gnostics*, Nashville-New York 1966. Sobre la importancia de la fidelidad a la palabra recibida cf. J. DU PONT, *Le Discours de Milet, Testament Pastoral de saint Paul (Actes 20,18-36)*, Paris 1962; P. ZINGG, *Das Wachsen der Kirche*, Göttingen 1974.

asunción el camino profético salvador prometido por el Padre y que ha de vivir cada generación cristiana como medio de salvación. Para asegurar la identidad del camino, Jesús ha dejado como garantes al Espíritu y a los Doce Apóstoles. El Espíritu Santo por una parte acompaña a la Iglesia, convirtiéndola en pueblo profético, que sirve la «Palabra». Por ello es fundamental que cada comunidad pase por la experiencia de Pentecostés (Hch 2,1ss; 8,14-17; 10,44s; 19,6), recibiendo el Espíritu, que le ayuda a dar testimonio y a caminar y en los momentos difíciles abre camino y garantiza los pasos que se van dando (Hch 10,44-47; 15,28; 16,6-10). Por otra parte los Doce-Apóstoles tienen un papel importante. Son un grupo creado por Jesús como parte integrante de su camino profético y salvador con el fin de ser los testigos cualificados de su camino (Hch 1,21-25) y los apóstoles que en su nombre animen y garanticen el camino de la Iglesia. Para ello fue elegido el grupo de los Doce, recibiendo sólo ellos el nombre de apóstoles (6,3). La última aparición los convertirá en los testigos cualificados de la resurrección (24,36-49; Hch 1,8) y con su testimonio apostólico surgirá la Iglesia (Hch 2), que nacerá y crecerá uniéndose al grupo Doce creado por Jesús, al que él «agrega» a los que se van a salvar (Hch 2,47). Por ello la comunidad tiene que «perseverar en la doctrina de los apóstoles» (Hch 2,42) y en la fidelidad a la Palabra, por la que Dios crea profetas, edifica y hace crecer a la comunidad, mientras que por el contrario la palabra herética la destruye (3,1-6; 8,15; 11,28; Hch 15,35; 19,20; 20,32). La referencia al Espíritu y a los Doce se convierte así en signo de pertenencia al camino de Jesús (Hch 15,28). Por eso cuando Felipe ha evangelizado y bautizado a los samaritanos, es necesario que vayan a Samaria los apóstoles para completar la obra, admitiéndolos en su comunión y dándoles el don del Espíritu (Hch 8,14-17). El discurso a los *presbíteroi-episkopoi* de Efeso reunidos en Mileto (Hch 20,17-38) resume bien la preocupación de Lucas: en un tiempo en que «ya no ven» a Pablo ni a los apóstoles, que han muerto, y en el que aparecen «lobos rapaces» que están devorando a la comunidad, los *episkopoi*, puestos en medio de la Iglesia de Dios por el Espíritu Santo para que la pastoreen, deben ejercer su oficio de vigilar (*episkopeîn*) a base de fidelidad a la palabra apostólica y así «vigilarán» por ellos mismos. Los males presentes no se deben a Pablo ni a los apóstoles, que entre lágrimas y persecuciones consumaron su camino y el ministerio que recibieron del Señor Jesús. Igualmente tienen que proceder ellos, evangelizando y construyendo la comunidad con paciencia y oponiéndose con firmeza a las herejías.

Junto a esta faceta del pensamiento lucano hay otras que invitan a la apertura, a la flexibilidad e incluso a la ruptura con los estrechos esquemas de comportamiento vigentes, como son el subrayar que los marginados sociales y morales (pobres, pecadores, samaritanos) son los destinatarios privilegiados de la obra de Jesús; el presentarle cercano a toda persona, sea rico, pobre o pecador, buscando la salvación de todos, sin excluir a nadie por prejuicios sociales y religiosos (cf. 14, 1ss; 15,1ss; 19,1-10) y el mencionar los gestos de perdón de ofensas y de disculpar las «ignorancias» que realizan Jesús, Pedro y Esteban (23,34; Hch 3,17; 7,60). Para Lucas el absoluto no es una doctrina, sino la vida de Dios que se ofrece al hombre. Si es inflexible en la necesidad de ser fiel a la palabra apostólica es porque la considera portadora de esta vida, que hay que asegurar.

d) En otros escritos de esta época se repiten los mismos temas, que resumimos:

— Necesidad de profundizar vitalmente en la palabra recibida para evitar y superar las dificultades (Heb 3,7-4,11; 5,11-6,20), viviendo la fe con firmeza y convencimiento (Heb 4,12s; Sant 3,14; 1 Pe 2,8s.15; 1 Jn 2, 22; 2 Jn 1.2.4; 3 Jn 1.3.4.8.12).

— Evitar falsas doctrinas, falsos profetas, los anticristos (Heb 13,9; Sant 3,14; 2 Pe 1,16; 2,1; 3,16s; 1 Jn 2,22; 4,1,3; 2 Jn 7). En esta situación hay que vigilar (2 Pe 3,17), discernir (1 Jn 4,1), escuchar a los testigos cualificados (Heb 2,1-4; 13,18), romper con el propagador de falsa doctrina (2 Jn 10s), corregir (Sant 5,19s), vivir la situación con paciencia (1 Pe 2,21-25; 3,17-22), especialmente la persecución, dando cuenta de la fe con dulzura y respeto (1 Pe 3,16).

— En tiempos de persecución aumenta la necesidad de cohesión interna y con ello la exigencia de fidelidad y de vigilancia ante las desviaciones (Apoc 2-3).

— Se trata siempre de asegurar la vida que Dios quiere dar al hombre y le llega por la fe (Jn 20,31).

¿Tolerancia o intolerancia? Las dos cosas. En las cuatro etapas de este estudio aparece constantemente la exigencia de una inflexibilidad ante la obra de Dios Padre, realizada por Jesús y proclamada por los apóstoles. La vida dada por Dios es lo que es y no se puede cambiar. Tiene una estructura interna y unas exigencias a las que hay que mantenerse fieles. Pero por otra parte la vida de Dios tiene como destinatario al hombre-libre, que vive en una situación concreta en la que con frecuencia se dan conflictos de valores. Esto exige emplear con flexibilidad los medios en función del objetivo fundamental, que es la vida del

hombre, eligiendo el ritmo y la formulación más adecuada al hombre, y en los casos de conflicto, con una clara categoría de valores, optando por la vida del hombre y de la comunidad, que es lo importante. Tolerancia e intolerancia, pues, en función de la vida de Dios al hombre.

II. VOCABULARIO NEOTESTAMENTARIO SOBRE TOLERANCIA-INTOLERANCIA

El NT emplea una serie de vocablos relacionados con nuestros conceptos tolerancia-intolerancia. Los presentamos brevemente agrupados en torno a intolerancia y tolerancia.

1. En torno a intolerancia: *zêlos*, *spoudê*.

a) *Zêlos*, *zêlôō*²⁰. Lo propio de *zêlos* es ser una acción *determinada por un sentimiento* y, por ello, una acción que fácilmente puede ser expresión de la persona que la realiza y de su opción ante una persona o cosa. De aquí que esté relacionado con intolerancia, en cuanto que el sentimiento que determina la acción puede dar a ésta un carácter inflexible e intransigente. La acción con celo será positiva o negativa según lo sea el sentimiento que la inspire. Esto se refleja en los distintos significados: enfervorizarse, admirarse, alabar, desear ardentemente, ocuparse con interés, competir apasionadamente, emular (positivos) y envidiar, estar celoso, tener tristeza por el bien ajeno (negativos).

En los LXX traduce el hebreo *qn'/qn'h* y retiene el significado propio tanto en contexto profano como religioso, pero en este último recoge los matices propios que tiene el hebreo que traduce, cuando lo atribuye a Dios y al pueblo en contexto de la Alianza. Designa una actuación apasionada, firme, seria, total, comprometida, constante, *inspirada en la opción personal por Yahweh*, el único Dios, que por su parte se ha manifestado previamente como el Dios que actúa, salva, hace a Israel su pueblo y se compromete por él de forma total. El *celo* es así un distintivo del verdadero judío y se manifiesta en una actuación apasionada por el único Dios, sus derechos, su voluntad expresada en la Ley, actuación que lleva a oponerse a los impíos que se oponen a los derechos divinos y su voluntad, como hicieron Finés y Elías. Estos se

²⁰ Cf. A. STUMPF, art *zêlos*, TWNT II, 879-891; W. BAUDER, art *zêlos*, *Theologische Begriffs-Lexikon zum Neuen Testament* (=TBLNT) I, 210s.

convierten de esta forma en prototipos del *celo* (Ps 68,10; 72,3.21.22; 3 Re 18,21ss; 4 Re 10,15ss), especialmente en la época intertestamentaria, en que los fariseos insisten en esta forma de comportamiento religioso, dando origen en su seno al grupo *celota*, primero grupo religioso que se compromete seriamente por los derechos de Dios, a quien reconocen como único Señor y Rey, y más tarde²¹, a partir del 44 d.C., grupo religioso revolucionario de carácter anárquico, que llevando a sus últimas consecuencias el principio de Yahweh, único Rey, rechazó todo tipo de poder humano y se rebeló contra Roma. El *celo*, pues, es expresión de intolerancia por motivos religiosos y pasa a ser una característica de todo buen judío, sea hebreo o helenista. Con este sentido aplica el NT la palabra a los judíos perseguidores (Hch 5,17; 7,9; 13,45; 17,5; 22,3; Gal 1,14; Flp 3,6; Rom 10,2) de los cristianos, celo que en parte retienen los cristianos judaizantes en cuanto que quieren imponer la Ley a los étnicocristianos y persiguen a los que no aceptan esta postura (Hch 21,20). Esto es un celo falso, que se condena (Gal 4,17), al igual que el celo-envidia (1 Cor 13,4; Sant 4,2), ya que no están al servicio del amor fraterno y de la construcción de la comunidad, que son los criterios supremos del obrar cristiano. Por ello el NT rompe con el uso que se hace de *celo* en el judaísmo intertestamentario y lo adapta a su contexto teológico, aunque no lo usa mucho, quizá para evitar las connotaciones que tiene la palabra. Una vez lo atribuye a Jesús (Jn 2,17), citando LXX Ps 68,10, a propósito de la expulsión de los mercaderes del templo, interpretando este gesto como expresión de la actitud apasionada y comprometida de Jesús por Dios y su santuario, que le llevará a morir y resucitar y edificar en su cuerpo resucitado el verdadero santuario de Dios. Este uso es importante y revela las características del celo cristiano: sí a la opción seria por los derechos de Dios, pero ésta se debe traducir en la donación de la propia vida y no en la destrucción de vidas ajenas, como el celo de Elías que no aprueba Jesús (Lc 9,54s). En el resto de los usos el celo es un don de Dios que lleva a trabajar seria y arduamente por la comunidad, con el mismo celo que Dios tiene contra los ídolos (2 Cor 11,2), buscando los mejores carismas en función de ella, como el amor y el don de profecía (1 Cor 12,31; 14,1.39) e intentando con ardor obrar el bien de cara a todos (1 Pe 3,13). Junto a esto el celo ha de caracterizar toda la ética cristiana: el discípulo ha de ser celador de buenas obras (Tit 2,14). Así, pues, *celo* pierde en el NT la carga de intolerancia que tiene en el contexto religioso-étnico-político del judaísmo y designa una

²¹ Cf. H. GUEVARA, *La resistencia judía contra Roma en la época de Jesús*, Meitingen 1981.

característica del servicio a Dios, que se concreta en el amor, haciendo su voluntad y construyendo la comunidad.

b) *Spoudē, spoudázō*²², *diligencia, solicitud* designa una obra o acción hecha con prisa en favor de una persona o cosa. Aquí la prisa es expresión del estar en lo que hay que estar, haciendo lo que se debe hacer, sin distracciones inútiles y, por ello, se concreta en obrar con atención, cuidado y cariño. En el NT es una gracia de Dios, con la que hay que cooperar y que dará un tono característico al obrar cristiano (2 Cor 8,7), sin la cual se corre el riesgo de no llegar a la meta (2 Tm 2,15; 2 Pe 1,5.10; 3,12.14; Heb 4,11; 6,11). Debe mostrarse especialmente en la vida comunitaria, buscando la unidad (Ef 4,3), ayudando a los hermanos (Gal 2,10; 2 Cor 8,7.8.16.17.22), como María (Lc 1,39), con una actitud de donación pronta (2 Cor 7,11s), ya que la solicitud en la ayuda muestra la calidad del amor (Rom 12,11; 2 Cor 8,8). Con esta diligencia han de prestar su servicio los que presiden la comunidad (Rom 12,8) y distribuyen la palabra de la verdad (2 Tm 2,15).

Como puede observarse, la palabra aparece en textos paulinos y de la segunda generación cristiana. Los primeros en contexto comunitario y los segundos en exhortaciones a la constancia y fidelidad, cooperando con la gracia de la vocación cristiana a pesar de todas las dificultades. Así la diligencia cristiana es una característica de la vida comunitaria y de la respuesta a la dificultad. Esta diligencia implica una adhesión firme al don de Dios y por ello una actitud de intolerancia, pero al estar al servicio del amor (Rom 12,11; 2 Cor 8,8), ha de ejercerse siempre para edificar y salvar.

2. *En torno a tolerancia*, hay dos grupos de vocablos, uno relacionado con *permitir* y otro con *soportar*.

i. Grupo *permitir*

a) *aphiēmi*²³ expresa la acción «mover hacia adelante» «desde», en sentido local o figurado, y según el contexto significa mover, lanzar, liberar, soltar, dejar, permitir..., sentidos todos que aparecen en los LXX, que además emplea el verbo y el sustantivo correspondiente *áphesis* con el sentido de perdonar-perdón, traduciendo aquél los verbos hebreos *ns'*, *slh* y *kpr* y éste los sustantivos *ybl* y *šmṭ*, que designan el perdón-amnistía de los años Sabático y Jubilar. El NT sigue este uso y ofrece

²² Cf. G. HARDER, art *spoudázō*, TWNT VII, 564-567; W. BAUDER, art *spoudē*, TBLNT I, 212.

²³ Cf. R. BULTMANN, art *aphiēmi*, TWNT I, 506-509; E. HOFFMANN, art *aphiēmi*, TBLNT III, 1263-1267.

una gran variedad de matices, de los que algunos son interesantes en función de permitir-tolerar: dejar para hacer otra cosa, sin más connotación (Jn 4,28); dejar una cosa buena para conseguir otra mejor (Mc 1,18,20; 10,28; Mt 5,24,40; 18,12; Heb 6,1); dejar algo bueno para hacer otra cosa peor (Mc 7,8; Mt 23,23; Rom 1,27; Apoc 2,4); no dejar hacer para evitar las consecuencias que se seguirían de la acción (Jn 11,48); dejar algo que se quería hacer a causa de la dificultad que tiene hacerlo en el presente (Mc 12,12; Jn 4,3); dejar por ahora algo positivo porque urge una cosa más importante (Mt 3,15) o porque no está maduro el momento (Lc 13,8; Hch 5,38) o porque hay que esperar otra acción previa (Mc 7,27; 15,36); dejar hacer lo que se debe permitir (Mc 10,14; 14,6; Jn 12,7) y por el contrario dejar hacer lo que no se debe permitir (Apoc 2,20) y perdonar-amnistiar, es decir, hacer dejar totalmente el pecado y sus consecuencias. Excepto en Apoc 2,20, en que se condena la tolerancia (dejar hacer lo que no se debe), no se habla directamente del tema, pero en varios usos subyace la idea de tolerancia, apareciendo ésta como un hacer o no hacer lo que se quiere o debe en función de otra acción, que justifica la espera. No se trata, pues, de renunciar absolutamente a una acción, sino de esperar, desistir, no prestar atención hasta que se den otras circunstancias.

b) *εάω*²⁴ dejar, permitir que se realice una acción por parte de quien puede hacerlo. Aparece pocas veces en el NT, normalmente en forma negativa, no permitir, y en función de otra acción que se considera mejor: Dios permitió que las naciones siguieran sus propios caminos (Hch 14,16) pero no permitirá que el hombre sea tentado sobre sus fuerzas (1 Cor 10,13); Jesús no permite hablar a los demonios (Lc 4,41); el Espíritu no permite a Pablo ir a Bitinia (Hch 16,7) y los discípulos no le permiten presentarse al pueblo (Hch 19,30). Los dos primeros ejemplos ilustran la idea de tolerancia: Dios tolera el paganismo en función de su plan salvador de dar vida a todos, pero no tolera una acción que implica la muerte del hombre.

c) *έxεστιν*²⁵ indica que una acción es posible en cuanto que no hay obstáculos que la impidan o porque se presenta la ocasión o porque no se oponen principios o normas superiores. Tanto en los LXX como en el NT predomina este último sentido jurídico: cf. Mc 2,24,26; 3,4; 6,18, etc., por lo que el «permitir» propio de *έxεστιν* no está directamente relacionado con nuestro tema, pero es de interés la afir-

²⁴ Cf. F. ZORELL, *Lexicon Graecum NT*, 350.

²⁵ Cf. W. FOERSTER, art *έxεστιν*, TWNT II, 557-559.

mación de Pablo en 1 Cor 6,12; 10,23, según la cual el *éxestin* no es el primer valor para un cristiano, sino lo más conveniente para la edificación propia y del prójimo.

d) *epitrépō*²⁶, confiar, entregar, y en sentido jurídico autorizar, permitir, tiene siempre en el NT este último significado jurídico en sentido estricto o amplio. Se trata de autorizar por parte del que puede hacerlo una acción para permanecer en ella, dejando la anterior (Mc 10,4; 5,13) o para volver a la anterior, una vez realizada la nueva (Lc 9,59.61). Este «permitir», pues, no está relacionado con el tolerar.

ii. Grupo soportar

a) *anékhomai*²⁷, levantar, alzar, sostener algo con esfuerzo, mantener algo derecho o firme, y en sentido figurado refrenar, retener, contener, soportar, perseverar..., es usado en los LXX con dos sentidos fundamentales, tolerar algo negativo y tener paciencia para hacer posible otra acción. El NT sigue este uso y así en primer lugar expresa la acción de aceptar algo bueno o malo que cuesta trabajo o produce dolor. Con relación a lo negativo, en función del amor recibido de Dios, los cristianos han de soportar las mutuas limitaciones y molestias que se dan en la vida comunitaria (Ef 4,2; Col 3,13; cf. 2 Cor 11, 1.4.19) y aguantar las persecuciones (1 Cor 4,12; 2 Tes 1,4), no como mera pasividad estoica, sino activamente, continuando haciendo el bien, lo mismo que Jesús soportó a la generación judía perversa, a la que invitaba a la conversión (Mc 9,19). En segundo lugar dos veces aparece el sustantivo *anokhē* con el sentido de paciencia en función de la conversión de los hombres (Rom 2,4; 3,6). *Anékhomai-anokhē* entra, pues, dentro del campo de la tolerancia, que aparece, no como aceptación cordial de realidades negativas, sino como un aguantarlas con paciencia y de forma activa en función de otro bien mayor que lo justifica, como la conversión y el amor comunitario.

b) *phérō*²⁸ tiene como sentido básico traer o llevar algo, en sentido propio o figurado, dando lugar a muchos significados según los diversos contextos. En los LXX significa llevar, ofrecer (= llevar la ofrenda), tributar (= llevar el tributo), soportar (= llevar una carga)...

²⁶ Cf. F. ZORELL, o.c., 501.

²⁷ Cf. H. SCHLIER, art *anékhomai*, TWNT I, 360s; U. FALKENROTH, art *anékhomai*, TBLNT I, 460s.

²⁸ Cf. K. WEISS, art *phérō*, TWNT IX, 57-61.

y en el NT continúa este mismo uso, apareciendo con el sentido llevar, ofrecer, presentar (acusación), dar (fruto), cargar, tolerar... Con este último significado está atestiguado claramente en Rom 9,22 (Dios soporta los vasos de ira... para dar a conocer la riqueza de su gloria), 2 Tm 3,11 (el cristiano las persecuciones) y 1 Pe 2,19 (soportar penas = sufrir injustamente, por fidelidad a Dios). Se trata, pues, de un uso directamente relacionado con la tolerancia y que la presenta como sufrir algo negativo en función de otra cosa positiva, como la salvación de los gentiles o la fidelidad a Dios.

c) *stégō*²⁹ significa etimológicamente cubrir, ocultar y de aquí retener dentro, callar, reprimir, resistir, y soportar, aguantar, como resultado del esfuerzo de mantener dentro. En el NT sólo aparece en Pablo con el significado de soportar o sufrir la presencia de algo negativo, dos veces en 1 Tes 3,1.5 (no puede sufrir la falta de noticias de Tesalónica por lo que decide enviar a Timoteo) y otras dos en 1 Cor, en contextos que ayudan a matizar el significado: según 9,12 Pablo soporta la renuncia a algunos derechos para no crear obstáculos al Evangelio, y según 13,7 el amor todo lo soporta o «cubre como un manto» según el sentido etimológico. Se trata aquí también de sufrir un mal en función de un bien, en concreto, del amor y del Evangelio.

d) *hypoménein-hypomonē*³⁰ significa permanecer bajo, pararse, tardarse, estar a la espera, perseverar, sostener, soportar. En los LXX en contexto religioso designa una característica del justo, que espera en Dios, permaneciendo fiel a pesar de todas las dificultades, sufriendo con paciencia, aguantando, perseverando, porque Dios actuará en favor de él. Tiene, pues, un sentido escatológico y subraya más el motivo por el que se espera que la dificultad que se sufre. El NT desarrolla este significado en función de la parusía de Jesús (Mc 13,13; 2 Tes 3,5; Apoc 1,9; 3,10), presentando la paciencia como sinónimo de esperanza y unida a la fe y al amor (1 Tes 1,3) y, por tanto, como característica del cristiano. De hecho no es fruto de la insensibilidad o de la virilidad sino de la fe, la esperanza, el amor, la piedad y la templanza o dominio de sí (Rom 8,25; 1 Cor 3,7; 1 Tm 6,11; 2 Tes 1,4; 2 Tm 3,10; Tit 2,2; Apoc 2,19). En cuanto que implica sufrir con paciencia el dolor y la persecución (Mc 13,13; Rom 5,3s; 12,12; 2 Cor 12,12...) es pasiva, educa (Heb 12,7) y hace crecer en la esperanza (Rom 5,3s; Sant 1,2-4), pero es a la vez activa en cuanto que es un obrar (2 Cor 1,6; 1 Pe 2,20) que se

²⁹ Cf. W. KASCH, art *stégō*, TWNT VII, 585-588.

³⁰ Cf. F. HAUCK, art *hypoméneō*, *hypomonē*, TWNT IV, 585-593; U. FALKENROTH, art *hypoméneō*, TBLNT I, 463-465.

concreta en seguir haciendo el bien (Rom 2,7; 1 Pe 2,20) con constancia a pesar de las dificultades: así la semilla llega a dar mucho fruto (Lc 8,15). Puesto que la vida cristiana implica dificultades y sufrimientos, la vocación a la fe lleva aneja la vocación al aguante para poder perseverar hasta la redención final (2 Cor 6,4). *Hypoménein-hypomonē*, pues, se relaciona directamente con la tolerancia y la presenta como sufrir algo negativo con la fuerza que dan la fe, la esperanza y la caridad y en función del crecimiento cristiano y especialmente de la venida de Jesús.

e) *makrothymēin-makrothymía*³¹ designa el ánimo grande necesario para soportar algo adverso, la resignación, la paciencia tenaz, la perseverancia. En los LXX traduce *h'ryk 'p*, retardar la ira, y se aplica a la conducta de Dios, teniendo así un significado religioso propio. *Makrothymía* ya no es una actitud humana, sino divina, que el hombre debe imitar, y consiste en tener un corazón grande, capaz de retener la ira hasta que el hombre se arrepienta. En el NT continúa este sentido y se refiere especialmente a personas: tener un corazón grande, que soporta a una persona en situación negativa y deudora hasta que ésta pueda saldar la deuda o eliminar la situación negativa (cf. Mt 18, 26.29). Lo hace Dios, esperando la conversión del hombre (Rom 2,4; 9,22; 1 Pe 3,20; 2 Pe 3,9), Jesús (1 Tm 1,16; 2 Pe 3,15) y debe hacerlo el cristiano (Col 1,11; 3,12; 1 Tes 5,14; Sant 5,7s), especialmente el ministro de Dios (2 Cor 6,6; 1 Tm 1,16; 4,2; 2 Tm 3,10), como medio para superar las dificultades (Sant 5,10) y llegar a la meta (Heb 6,5; Sant 5, 7-11), corriendo como Jesús (Heb 12,2s). No se trata de simple tolerancia pasiva, sino de una actitud dinámica que induce a buscar el bien de la persona (1 Cor 13,4). Es una gracia de Dios (Col 1,11; 1 Pe 2,21), don del Espíritu (Gal 5,22), necesario para la vida comunitaria, especialmente para la unidad (Ef 4,2) y aparece unido a amor (1 Cor 13,4; 2 Tm 3,10), fe (Heb 6,12), humildad, mansedumbre y *anékhomai* (Ef 4,2), mansedumbre y misericordia (Col 3,12), *hypomonē* (Col 1,11; 2 Tm 3,10), *anékhomai* (Rom 2,4), *phérō* (Rom 9,22). Se trata, pues, de una idea también relacionada directamente con la tolerancia: Dios por medio de su Espíritu da al cristiano un corazón grande capaz de aguantar el mal que hace el hermano, esperando el momento en que deje de hacerlo, para mantener así la vida comunitaria. Pero no se trata de una espera cualquiera, sino que en Dios, en Jesús y en el cristiano implica

³¹ Cf. J. HORST, art *makrothymía*, TWNT IV, 377-390; U. FALKENROTH, art *makrothymía*, TBLNT I, 462s.

el perdón-amnistía (cf. Mt 18,23-35). En este contexto tolerar no es tampoco aceptar un mal por sí sino en función de un bien mayor.

f) *páskhein-páthēma*³² significa recibir, padecer, como opuesto a hacer, con sentido positivo o negativo según el contexto. Cuando es ético positivo designa la oposición animosa y constante al mal. En los LXX es poco usado y significa experimentar, preocuparse, sufrir. Este último sentido es frecuente en el NT (Mt 27,19; Lc 13,2; Hch 28,5...) y se aplica especialmente a la pasión de Jesús y del apóstol (saepe). Con relación a Jesús la palabra resume a veces toda la pasión, incluida la muerte (Lc 22,15; 24,26.46; Hch 1,3; 3,18; 17,3) y a veces se refiere a la violencia que debió sufrir Jesús, dentro del plan de Dios, en favor nuestro como consecuencia de su fidelidad (Mc 8,31; 9,12; Mt 16,21; Lc 17,25; 1 Pe 2,21...). Se trata, pues, de la consecuencia negativa de una opción activa. Igualmente debe sufrir violencia el apóstol como consecuencia negativa de su servicio (Hch 9,16; 2 Tm 1,12), hasta el punto de que esto legitima la misión (2 Cor 11,23ss; Gal 6,17). Pero no debe desanimarse porque este sufrimiento sirve para la causa del Evangelio (2 Tm 1,8; 2,3). De forma semejante debe sufrir todo cristiano al servicio de la salvación y debe considerarse por ello bienaventurado (1 Pe 3,14). *Páskhein*, pues, designa otra forma de tolerar el mal: asumir el dolor y la muerte en función de una causa positiva, a la que de hecho está unido.

g) *kartereîn*³³ etimológicamente designa una acción hecha con fortaleza, y en contexto negativo, soportar, sostener, perseverar a pesar de la dificultad. Sólo aparece una vez en el NT (Heb 11,27): «Por la fe Moisés dejó Egipto, sin temer la ira del rey, pues se mantuvo firme como si viese al Invisible», e.d., la fe hizo posible resistir las dificultades y mantenerse firme en la acción. Aquí el objeto de la tolerancia no es la acción en sí misma, que es buena, sino las circunstancias que de hecho la acompañan.

h) *hypophérein*³⁴ significa soportar un peso con gasto de energías físicas o morales y aparece en el NT unido a *páskhein-páthēma* con el sentido de soportar con paciencia las persecuciones, padecimientos y tristezas que recibe el cristiano a causa de su fe, sabiendo que por una parte Dios ayuda y no permitirá sufrimientos mayores a sus fuerzas y,

³² Cf. W. MICHAELIS, art *páskhō*, TWNT V, 903-940; B. GAERTNER, art *páskhō*, TBLNT II, 876-880.

³³ Cf. W. GRUNDMANN, art *kartereîn*, TWNT III, 619-622; W. MUNDLE, art *katerēō*, TBLNT I, 461.

³⁴ Cf. F. ZORELL, o.c., 1382.

por otra, es signo de fidelidad y por ello lo deben de considerar incluso como una gracia (1 Cor 10,13; 2 Tm 3,11; 1 Pe 2,19). Se trata, pues, de tolerar algo negativo en función de otra cosa positiva.

Conclusión. A la luz de *zêlos* y *spoudê* la acción del cristiano tiene un carácter inflexible e intolerante, en cuanto que debe ser entrega apasionada (*zêlos*) y diligente (*spoudê*) a Dios y su servicio, especialmente a la construcción de la comunidad. Pero este mismo objetivo matiza la acción y hace que se concrete en la donación de la propia vida y no en la destrucción de las ajenas. Por otra parte, a la luz del vocabulario de los grupos permitir y soportar, la acción cristiana debe ser tolerante y flexible. Se trata de esperar (*aphiēmi*), permitir (*eaō*), aguantar (los demás) algo en función de otra realidad. A veces habrá que esperar sin hacer lo que se desea hasta que llegue el momento maduro (*aphiēmi*, *makrothymía*) o se realice otra acción previa o para evitar males mayores (*aphiēmi*). Con frecuencia será aguantar de forma activa, con firmeza, constancia, serenidad (*anékhomai*, *hypoménein*, *makrothymía*, *kartereîn*) y pérdida de energías (*hypophérein*) el lado negativo (el dolor, la persecución, la muerte: *páskhein*, *kartereîn*, *hypophérein*) de una opción positiva que se ha asumido (el plan de Dios, la misión: *páskhein*, *kartereîn*, *hypophérein*) o aguantar situaciones adversas en función de otro bien. Como situaciones adversas se citan la persecución (*anékhomai*, *phérō*, *hypoménein*), las limitaciones humanas de los miembros de la comunidad (*anékhomai*, *makrothymía*), la renuncia a los propios derechos (*stégō*) y como bienes a conseguir la conversión de los hombres (*anékhomai*, *eaō*, *phérō*, *makrothymía*), la vida comunitaria (*anékhomai*, *makrothymía*), el amor (*stégō*), el Evangelio (*stégō*) y la parusía de Jesús (*hypoménein*, *makrothymía*). Este aguantar es posible, porque Dios da las fuerzas, junto con la vocación, y por ello debe caracterizar al cristiano (*hypoménein*, *makrothymía*).

ANTONIO RODRÍGUEZ CARMONA

Facultad de Teología
Granada